

Ernesto Montenegro (1)

## Travesuras de Quico y Caco



**H**ABIA una vez un ladrón muy habiloso, al que lo conocían por Quico. Sus amigotes le trajeron el cuento de que en el Reino vecino andaba un roto que se tenía por mejor que él para lo ajeno, y lo llamaban por mal nombre Caco.

—¡Bienhaiga!—dijo un día Quico—ya me tienen curcuncho con el tal Caco. Si se me antoja me voy ahora mismo a desafiarlo a ver si resulta tan alentao como lo ponderan.

Los amigos de Caco también le comenzaban a sacar pica con Quico.

—¿Saben que voy a salir yendo a verme con el tal Quico?—dijo Caco.

Los dos se encontraron a la sombra de un peñón que había a medio camino. Quico estaba sesteando debajo de un palquial, cuando vió venir a Caco, con el sombrero en la mano y la chaqueta al hombro, muerto de calor.

—¿Para dónde bueno, amigazo?—le dijo Quico.

Caco lo miró de refilón, medio sospechoso, pero luego le conoció por la facha que era de los mismos trey tabaco, y le dijo, mientras se limpiaba el sudor que ya lo cegaba:

—Voy en busca de un niñocho muy bueno para la agarra, que mentan Quico. ¿Y usted?

---

(1) Nació en 1885 y ha trabajado en la prensa de Santiago y Valparaíso. Sus viajes al extranjero le han permitido enviar una interesante correspondencia. En su obra «Cuentos de mi tío Ventura», presenta lo más auténtico de la tradición folklórica chilena.

—Yo ando por ver si me topo con otro que se tiene por mejor, y se hace llamar Caco—dijo Quico.

—¡Yo soy Caco!

—¡Y yo soy Quico!

Se dieron un abrazo bien apretado y se sentaron a platicar ahí mismo hasta que bajó el sol.

—¡La casualidad de veniros a encontrar aquí, cuando menos lo pensábamos!—dijo Quico.—Y yo que ya me rebanaba de ganas de conocerlo, compadre, con lo mucho que me han dicho que usted es el mejor ladrón de estos reinos.

Y compadre va, compadre viene, cada uno sacó lo que llevaba, y causearon y tomaron de lo lindo.

Cuando se sintieron ya más en confianza, le dijo Caco a Quico:

—¿Sabe, compadre Quico, que estoy viendo allá arriba de esa peña un nidal de águila, y la hembra que está empollando? Si usted es tan buen ladrón, como se dice, le va a robar todos los huevos al águila; pero la gracia está en que no lo sienta el pajarito.

—Le haremos un empeño, ¿por qué no?—dijo Quico, y empezó a sacarse los botines.

—Pero no tiene ni que espantarle el sueño al águila—le advirtió Caco por lo bajo.

—No se aflija por eso, amigo—le dijo el otro, medio picado.

Y se puso a gatear cuesta arriba, tanteando que no fuera a correrse una laja siquiera.

Mientras tanto, Caco venía casi pisándole los talones a Quico. Apenas éste llegó arriba, donde estaba el águila cabeceando al sol, vino y le metió una mano por debajo, le robó un huevo y se lo echó a la cartera. Al segundo huevo, como que el águila quiso pararle; pero Quico le hizo una agachadita, y a la cartera con él. Entonces Caco vino le sacó los dos huevos del bolsillo al otro, y se descolgó muy forondo cuesta abajo.

Cuando después de pasar más apuros que china de parto,

Quico consiguió robarle el último huevo al águila, se vino para donde lo esperaba Caco haciéndose el dormido.

—¿Qui'hubo, compadrito, cómo le jué con l'águila?

—Bien, no más, compadre Caco—dijo Quico resollando uerte.

—No me va a hacer creer que llegó a sacarle todos los huevos del nidal...

—A la prueba me remito, desengáñese por sus ojos, compadre. Aquí tiene los tres huevos, que no me dejarán mentir...

Quico se paró en seco, hurgó en el bolsillo, se tanteó el otro lado, y se quedó con los ojos clavados en el único huevo que tenía en la mano.

—¡Pero si eran tres los que le saqué al águila, le juro, compadre, por mi mamita!—choreaba Quico.

—¿Serán éstos, compadrito?—le dijo Caco, mostrándole los otros dos.

—¡Hijuna, que me salió livianito de manos! Reconozco que usted es mejor ladrón que yo, compadre Caco. Lo convidó a que nos vamos pa mi casa, que queda más cerca, y no nos faltará en qué entretenernos puallá.

\* \* \*

Para celebrar la amistad, tan pronto como llegaron a su Reino, Quico mandó buscar una damajuana del mejor litreado que tuviera el bachicha de la esquina, y que los niños le llevaran un recado a una prima que era bastante competente para la vihuela. Tocó que por esos días la comadre Quica había tenido mellizos, y Caco se ofreció ahí mismo para padrino. A la vuelta de la iglesia. Quicose perdió por los sitios y volvió apenas anochecho con dos capones tamaños para la cazuela. A Quico se le fué calentando la boca con los tragos, y esa misma madrugada le propuso a Caco:

—Compadrito, lo convidó a que vamos a sacar ura cuerada

de vino a las bodegas del Rey, que tiene de uno morado como para que diga misa el Obispo.

Cuando llegaron a la bodega, que daba a un callejón obscuro, le dijo Quico a Caco:

—Aquí te quiero ver, escopeta. A usted le tocará bajar, compadre. Yo le serviré de loro, mientras tanto.

Caco se encaramó por una pilastra, sacó ligerito unas tejas y se descolgó para adentro. No se demoró un Jesús en quitarle el barro a la boca de la tinaja que le había dicho Quico, y luego le meneó la soga a su compadre, y salió con su buen odre de mosto. Con eso comenzó la fiesta con más ganas. Al aclarar ya estaban machucando el charqui para el valdiviano.

\* \* \*

El Rey tenía por consejero a un ladrón de mucha fama en su tiempo, al que le había hecho sacar los ojos. Al otro día vino y le dijo:

—Mi buen consejero, anoche me abrieron un forado en la bodega y me robaron del torontel que tenía reservado para cuando repiquen fuerte; pero no hallamos ni rastros de los ladrones. ¿Qué le parece que hagamos, vamos a ver?

—¡Ay, quién vista tuviera.

Con ellos anduviera!

suspiró el ciego. Y después de pensar un rato, le aconsejó al Rey:

—Yo le recomiendo a su Carrial Majestá que mande hacer un mono de brea y lo haga amarrar bien a la tinaja. Veremos lo que resulta.

\* \* \*

Al otro día fué Caco el que le dijo a Quico:

—Tengo el gazzate como lija, compadre. ¿Qué le parece si fuéramos por la otra cueradita donde el Rey?

—¿Quién dijo miedo?—saltó Quico, que había amanecido con la rasca viva.

Divisar el mono de brea en lo obscuro, y venírsele encima, fué todo uno para Quico:

—Oiga, cuñao, ¿anda en la misma diligencia por aquí?—le dijo despacio.

El mono de brea, figúrense lo que iba a decir.

—Mire, don, no me venga a mí haciéndose el gringo, porque a mí no me desprecea naiden—le dijo Quico, remangándose la camisa. Quítese de ahí por lo menos, que no me gustan los mirones cuando estoy ocupado. Quítese, le digo, porque si no, le planto un derechazo que lo haga pedir confesión a gritos:

Y el mono de brea, tan fresco.

—¡Toma éste entonces pa que vay aprendiendo!—le dijo Quico, largándole una guantada que le dejó el brazo enterrado hasta el codo en la brea.

—¡Suéltame, hombre, o te mato de una vez con la zurda!—volvió a gritar Quico. Y le tiró un gualetazo que le dejó pegado el otro brazo hasta el hombro.

Caco la olió lueguito, y tan pronto como halló estacado a su compadre, vino, le cortó la cabeza, se la echó al saco, y una vez que llenó el odre de vino, se las enveló.

A la viuda le dijo que a Quico lo habían llevado los niños para el retén, y la remolienda siguió como si tal cosa.

\* \* \*

Tempranito vino el Rey a decirle al ciego:

—Mi buen consejero, ¿qué le parece! pillamos a uno de los ladrones con el mono de brea; pero eso sí que le falta la cabeza.

—¿Quién vista tuviera!—dijo el ciego pegándose una palmada. ¡Esos sí que son maestros del arte!

—Bueno; pero ¿qué nos toca hacer ahora?

—Su Carrial Majestá, no se me ocurre sino que saquen

arrastrando el cuerpo por las calles, y ahí donde suelten el llanto al verlo, que marquen la puerta con una cruz; y ya veremos después lo que se hace.

Así no más se hizo. Todo fué ver pasar el cuerpo, la viuda lo reconoció al tiro por la marca del molino que llevaba todavía en la camisa, y ella con los niños soltaron la llantada.

—Aquí tiene que ser—dijo el jefe del piquete; pero todo fué verlo hacer la cruz en la puerta, y Caco que se pega un machetazo en la mano, y sale chorreándole la sangre hasta la calle:

—Ustedes son parientes del finado, ¿no es cierto?—dijo el jefe.

—¿Qué está soñando, mi sargento? ¿No ve la mano como la tengo? La mujercita se figura que ya no voy a poder trabajar quién sabe hasta cuándo para darle el sustento a la familia, y por eso llora, y los chiquillos lloran, es claro, de verla a ella.

—Así será—dijo el del piquete—; pero yo tengo que dar cuenta.

Ellos que dan vueltas las espaldas, y Caco que sale y va poniendo una cruz a la disimulada en cada puerta.

Cuando trajeron la orden de allanamiento, se encontraron con toda la calle marcada con cruces.

\* \* \*

—Mi buen consejero—le dijo el Rey al ciego—tampoco resultó su consejo, porque no dejaron puerta que no marcaron con la misma cruz. Dígame si se le ocurre algo más.

—Lo único que se me ocurre, antes de mandar enterrar el cuerpo, es que lo lleven a velar a orilla del río, por si acaso quisieran rescatarlo—dijo el ciego. ¡Ah, quién vista tuviera!

Mandaron a la vega dos comisionados con bala en boca, que fueran a velar al finado Quico. Cuando la helada estaba cayendo a pedazos, y los dos infelices llegaban a dar diente con diente junto a un rescoldo de chilcas, ¿no viene y se presenta

Caco en una mula, vestido de fraile franciscano y con su guapa cantimplora a los corriones?

—¡Ave María Purísima!—dijo Caco atracándole los talones a la mula, que se le arretacaba bufando.

—¡Sin pecado concebida!—dijeron los otros persignándose con los dedos empalados de frío.

—Hermanos, ¿a quién se le fué a ocurrir mandarlos a velar a ese muerto en estas reveniduras? Yo apuesto que no les vendría mal un poco de anisado para desentumirse.

—Mi Padre, debe haber sido el Angel de la Guarda el que lo trajo por aquí—dijeron los guardianes estirando la mano; y casi se quedan dormidos pegados al gollete.

Lueguito no más, Caco les dijo:

—Hijos, despídanse de la caramayola, mientras yo rezo un responso por el ánima bendita del difunto.

Los pacos se fueron a sacarle los últimos estrujes al frasco, hasta que de tanto chupar les bajó el sueño y se pusieron a roncar como con rabia.

Caco se demontó de la mula, sacó un par de hábitos que llevaba y se los puso a los hombres. De llapa los afeitó y les hizo cerquillo. Después se echó por delante de la montura el cuerpo de su compadre Quico, y salió al trote para el cementerio.

Con el relente que comenzó a bajar de la cordillera allá por el aclarar, se despertó uno de los pacos, y le dijo al otro remeciéndolo al verlo vestido de fraile:

—Oiga, Padre, ya es hora de que se recoja al convento, mire que está amaneciendo.

—Y usted, Padre, ¿qué hace que no se va?—le salió diciendo el otro al verlo también vestido con hábito y coronilla.

—A usted, Padre, le digo.

—A mí no me venga con esas bromas, Padre, que soy har-to perro cuando me salen tiesos.

Y así se fueron picando hasta que se trenzaron a bofetadas y fueron a arar por el barro.

Ya estaban atontados de tanto pegarse, cuando vinieron a reconocerse, y se quedaron mirando para todos lados:

—¿Y el Padre?

—Eso mismo pregunto yo: ¿y el Padre?

—¿Y el cuerpo?

—¿Qué se ha hecho el cuerpo?

—¡El que llegó vestido de Padre y con la cantimplora, ha sido! hijuna grandísima! ¡El mismo que nos curó para robarnos el difunto!—dijo uno.

—Yo no vuelvo al Palacio, compañero, para que me peguen cuatro balas—dijo el otro. ¡Vámonos para donde no sepan nunca más de nosotros!

—¡Vámonos!

Caco llegó donde la viuda, y le dijo:

—Comadre Quica, el compadre perdió la cabeza en un enredo, y yo cumplí ya y lo dejé en sagrado. Ahora me vuelvo para mi tierra. Aquí tiene estos doscientos pesos para que viva en lo propio, y ni usted ni los chiquillos tengan que tomar nunca lo ajeno. No olvide este consejo: dígame a los niños que trabajen cuando lleguen a grandes que si no habían de ser buenos ladrones, más cuenta les hará ser hombres honrados.

Un amigo que anduvo por esas tierras me cuenta que más tarde Caco volvió y se casó con la viuda de Quico. Claro que por ser compadres, el cura tuvo que ponerles freno al casarlos. Con los años aumentó porción la familia, al extremo que hoy en día no hay por donde no ande haciendo fechorías algún peine fino que se parezca en la nariz a Quico o en las uñas a Caco.